

COMIDA CARA

Carlos Gustavo Cano*

Todos los bancos centrales padecen por estos días la misma preocupación: el encarecimiento de la comida. Lo paradójico es que mientras la mayoría de los de los países ricos está reduciendo sus tasas de interés por temerle más a la recesión, los de los más pobres tienden a mantenerlas inalteradas o a elevarlas para reprimir su demanda y controlar la inflación. Arrojando como fruto la ampliación del diferencial entre unas y otras. La razón yace en que en los primeros el peso relativo de los alimentos en la canasta familiar no pasa de una décima parte, en tanto que en los segundos llega a superar la mitad.

Son dos los factores que mejor explican este fenómeno. El primero consiste en el espectacular crecimiento de los ingresos del planeta durante el último quinquenio, superior al 4 por ciento anual, pero en especial de los más grandes mercados emergentes como China e India, entre el 8 y el 12 por ciento, cuya ingestión de las fuentes de proteína animal (carne, pollo, huevos y leche) se ha disparado. Por ejemplo, el consumo anual de carne por chino pasó de 20 a 50 kilos en sólo 20 años. Y el segundo, fuertemente entrelazado con el anterior, la escasez y la consiguiente elevación de los precios de las materias primas de la nutrición animal (maíz, azúcar, soya, palma y demás oleaginosas), por su creciente utilización en la producción de biocombustibles. No más Estados Unidos en maíz, el primer productor y exportador, gasta la tercera parte en etanol. A esto hay que agregarle la enorme expansión de las siembras de esos rubros a costa de las de otros como trigo y demás cereales, cuyas cotizaciones siguen la misma senda ascendente de las de aquellos.

De este desafío pueden ganar las regiones de desarrollo mediano con tierras ociosas y ambientalmente viables, es decir sin bosque natural. Cabe mencionar a Colombia con su Orinoquía, y con sus inmensos espacios de la Costa Caribe que se hallan ocupados, de modo ineficiente, en ganadería extensiva. Tal posibilidad dependerá fundamentalmente de la dotación de vías e irrigación adecuada, y de nuestra capacidad de adoptar masivamente biotecnología con dos propósitos. En primer lugar, a fin de garantizar saltos en productividad y reducción de costos, y el empleo de materiales genéticos resistentes a sequía, erosión y suelos salinos. Y, en segundo término, para obtener biocombustibles a partir de nuevas fuentes, como la jatropha, las microalgas, la biomasa tropical, y la celulosa derivada de especies forestales.

No hay que engañarse. La explosión del costo de la comida durará mucho menos de lo que los pesimistas de oficio predicán. La respuesta en adelante estará, de un lado, del potencial tecnológico del trópico en materia bioenergética, que aumentará la frontera cultivable en proporciones y lugares jamás antes imaginados. Y, del otro, de las innovaciones no agrícolas. Entre estas, basta citar tres: una nueva generación de plantas de energía nuclear impulsada por empresas como General Electric, Westinghouse, Toshiba, Hitachi y Areva; el lanzamiento, en plena marcha, de los motores híbridos; y la sustitución de gasolina por hidrógeno en toda clase de automotores. **Dic/07**

* Codirector del Banco de la República